

Círculo de Silencio, 30 de enero de 2026

ORGULLOSOS DE LOS INMIGRANTES

Nosotros conocemos a Antonio Machado al que nacieron en Sevilla, en un huerto claro donde maduraba un limonero, y también conocemos a un tal Miguel al que nacieron en Alicante, también conocemos a Luz Marina a la que nacieron en un huerto claro de Santa Marta en Colombia, y a Cheick le nacieron en Nayé, una ciudad de Senegal próxima a la frontera con Mali, en una casa en donde madura un limonero, y a un tal José Luis Martínez al que nacieron en Motril y en 1939 salió corriendo y apareció en Méjico. De Luis solo se sabe que le acogieron sin problemas, que echó mucho de menos a su Motril, a sus amigos, a su gente a su mar y a su vega siempre pero que también quiso a su aquella tierra y a sus gentes, que vivió, se casó, trabajó, tuvo amigos y 4 hijas que hoy en día tienen ya nietas y nietos. En una visita que hizo a Motril, al final de su vida, nos contó que tenía el corazón lleno de nombres que coleccionó por aquellas tierras en las que logró ganarse la vida, tener una familia, rodearse de amigos y disfrutar de una tierra que le acogió y le hizo sentir que también era su tierra.

Sabemos que, don Antonio, cuando quiso irse de España, eligió para vivir un pueblo del sur de Francia, Colliure, donde también murió. Allí lo enterraron semidesnudo, como los hijos de la mar.

Miguel, sin embargo, decidió quedarse en la tierra donde lo nacieron, aunque fuera llorando, como un cuidadoso hortelano de su tierra por defender la risa pluma por pluma y murió temprano, enfermo, vencido, pero siempre cantando por los altos andamios de las flores.

A Antonio, A Picasso, a Severo Ochoa les recibieron amablemente en otros países que hoy, orgullosos de haberlos acogido, nos recuerdan que les acogieron y cuidaron al igual que a otras centenares de miles de españoles que decidieron irse o se tuvieron que ir a vivir en otra patria que hicieron suya porque no podían vivir ni cumplir sus sueños aquí.

Luz Marina, está casada y tiene un hijo de cuatro años. La vida se les puso difícil y decidieron dejar la casa de Santa Marta en Colombia, en la que tenía un huerto claro, y venirse a España, a la madre patria, a Motril. Aquí viven entre nosotros desde hace algo más de dos años. Ella y él tenían una profesión allá pero querían ensanchar su vida para ellos, para su hijo y los que pudieran venir, sin miedos. Piensan poder ejercer aquí, cuando consigan permiso para residir y para trabajar. Ahora no tienen permiso para residir ni para trabajar, aunque residen y trabajan. Residen en Motril pero en el ayuntamiento no quieren decirles oficialmente que es verdad que viven entre nosotros y no los empadronan. Eso les humilla y les ofende porque entienden que no son bienvenidos y además les creó problemas y les dificulta su deseo de quedarse a vivir con nosotros. Mañana, estamos seguros que nos sentiremos orgullosos de haber contado entre nuestros vecinos a personas tan brillantes y buenas. Ella y su marido trabajan en Motril, “limpiando casas” o en el campo. Tienen que pagar el alquiler de la habitación con derecho a baño y cocina, hay que comer y mandar algo a los familiares que quedaron allá porque les hace falta. Trabajan, viven y sueñan pero sin permiso para hacerlo. Están contentos porque ven con ilusión que con el paso del tiempo les vamos a dar permiso para vivir para trabajar, y seguirán soñando que les autoricemos a soñar. Creo que si tardamos mucho quizá no puedan lograr lo que han decidido: ganarse la vida, vivir con nosotros.

A SU MARIDO LE GUSTA ESCRIBIR POESÍAS y ella quiere intentar homologar su título superior y ejercer en España, la madre patria. Por lo pronto se conforman con que reconozcamos que están con nosotros y que se les permita trabajar pero buscan que un día nos sintamos orgullosos y contentos de haberles acogido.

Cheick, que en senegalés significa “sabio”, es el mayor de tres hermanos. Le nacieron en Nayé, en Senegal cerca de la frontera con Malí. Vivía con su madre y dos hermanas más pequeñas. Su padre no

estaba ni se le esperaba. No lograban alimentarse medianamente bien, ni para su madre, ni para él ni para sus hermanas había un futuro soportable porque cada vez las sequías que sufría la zona de su país en la que tienen su humilde casa en la que maduraba un limonero eran más temibles y duraderas. Así que cuando decidieron que Cheick tenía que llegar a Europa, pensaba en España, tomó un cayuco y apareció, tras doce días en el mar, en Canarias. Como era menor de edad tuvo la suerte de que lo acogieran en una ONG en la que ha vivido unos meses, hasta que le consiguieron un contrato de trabajo. Ahora trabaja y vive de inquilino en una habitación en una casa que comparte con otra persona y con una pareja con una hija de 4 años en la habitación más grande. Paga 300 euros. No puede decir que vive donde vive porque no tiene contrato de alquiler y la persona a la que le paga no quiere. El ayuntamiento no quiere aunque le consta que vive donde vive. No obstante está contento, muy contento porque puede mandar dinero todos los meses a su familia, suficiente para que puedan vivir como nunca han vivido porque, como dice Cheick, un euro allí es muchísimo. Echa de menos tener cerca a su familia pero está contento porque ya tiene amigos españoles y no españoles y familias españolas que le reciben cariñosamente y porque ya habla muy bien castellano, dice él.

A don Antonio le recibieron en Colliure y le dejaron morir en paz, triste pero en paz; le enterraron sencillamente y allí sigue residiendo allí, en su tumba. No pudo volver y no hubiera querido irse pero... quería vivir. Hoy los ciudadanos de Colliure se sienten orgullosos de que les eligiera.

A Miguel lo mataron o lo dejaron morir triste. ¿Se equivocó al decidir quedarse a pesar de todo?. No sabemos. El caso es que lo murieron. Murieron a alguien tan amado.

A Luz Marina la recibimos diciéndole que ella no era legal, pero que si resistía dos años como pudiera podríamos darle permiso de residencia pero que entre tanto, podía vivir entre nosotros apañándose como pudiera pero “sin papeles”. Ha alquilado una habitación con derecho a usar el cuarto de baño y la cocina que comparte con otras dos personas y una familia de una pareja con su hijo. Por el “alquiler” paga trescientos euros. No la pueden contratar para trabajar porque no tiene permiso para trabajar dada de alta pero sí se le permite trabajar sin dar de alta. Limpia un par de casas y de vez en cuando la llaman para trabajar en los invernaderos, echa ocho o nueve horas y el día que trabaja le pagan 25 euros. Así casi todos los meses junta lo suficiente para pagar el alquiler y para mandar 50 ó 60 euros a su familia en Caracas, que allí es mucho. Está contenta y espera que pase el tiempo y puedan conseguir que le den permiso para residir y trabajar, cuando demuestre que es capaz de resistir dos años sobreviviendo entre nosotros para demostrarnos que de verdad quiere vivir y trabajar en España, que a pesar de todo no ha delinquido nunca.

No se quejan de que el Ayuntamiento no quiere decir que viven aquí. Están aguantando porque, aun así, están consiguiendo lo que querían: que sus familias reciban para aguantar la vida allí. No saben por qué el Ayuntamiento no quiere reconocerle que vive en Motril sabiéndolo.

Ojalá les recibiéramos con los brazos abiertos y ojalá podamos sentirnos orgullosos de sus poemas, de sus descubrimientos, de sus aportaciones, porque les recibimos cordialmente cuando llegaron huyendo de las violencias y del hambre a pesar de los insultos, de los animales que les gritan que se vayan que los tachan de delincuentes a los Machado, a los Alberti, a los León Felipe, a las María Teresa León, a los Manuel de Falla, a los Fernando de los Ríos, que hoy están entre nosotros porque han decidido venir huyendo de sus realidades y hacer su vida y regalarnos sus esfuerzos. Ojalá les digamos de forma que se nos oiga:

¡BIENVENIDOS!